

“Déborah, ¿entona un cantar!”

Nuestros conflictos con los demás

¡Amigos, malas noticias! Ríanse ustedes de la “gripe A”. Aquí la pandemia real que padecemos es la depresión. Más de cuatro millones de personas, un 10% de la población la sufren en España, y eso que comparando con los países que nos rodean, el nuestro es unas castañuelas.

Los especialistas afirman que la enfermedad del siglo se da más en las mujeres que en los hombres y que su presencia es más intensa de marzo a junio. ¡Menos mal que estamos a fin de mes! Pero la realidad es que conflictos, emociones, convivencia difícil y problemas laborales, pueden darse a lo largo de todo el año.

La persona que ha visto con más claridad la raíz de este malestar colectivo es la psiquiatra Karen Horney. Alumna de Freud, vió con clarividencia que el origen de las neurosis, más que en los problemas del sexo y sus derivas, está en la perturbación de las relaciones humanas. El encajar o no en la sociedad en que vivimos.

Siempre, la difícil convivencia que dispara las rupturas, por minuto. ¡Si diéramos todos con la clave! Para Horney, nuestros conflictos con los demás, entran siempre en juego por dos sentimientos básicos, enraizados profundamente en nuestra naturaleza para asegurar la supervivencia: Uno es el afán de superación, de más poder. Y el otro, un ansia infinita de afecto.

Pero buena está la vida para que, teniendo cada cual dentro de sí un gran deseo de afirmación y cariño, se lance a la vorágine de una sociedad competitiva con habas más que contadas.

Porque, claro, si todo el mundo aspira a situarse, y los puestos son más bien limitados, quieras o no, el codazo y la zancadilla, más o menos velados, estarán a la orden del día. Paradójicamente, esos dos instintos básicos -afán de poder y de afecto— cuando se vuelven enredadores y agresivos, encubren en realidad una fuerte inseguridad y un gran temor a la soledad o aislamiento.

Y es que, lo queremos todo. Toda la seguridad posible —quizá como nostalgia del seno materno— y todo el amor del mundo. Ésta teoría nos permite entrever, en los que nos hacen la cusqui, raudales de bondad original. En realidad, el que nos pisa, sólo trata de mantenerse él en pie y el que nos odia se muere en el fondo por nuestros huesos.

Son estos grandes deseos, mal digeridos, los que llevan a los conflictos.

Por suerte, no faltan los milagros. Y yo me he encontrado con uno. Casi todos los fines de semana, hago mi particular “safari” a la caza de papeles de todo tipo que asfixian ¡qué bueno deshacerse de ellos! No faltan los sobres cerrados con enormes sorpresas.

Este tesoro lo encontré la semana pasada. Lo leí con emoción. ¡6 jun. 72! decía el matasellos. Confieso mi pecado por no leerlo. Y trato de repararlo compartiéndolo con vosotros.

“Querida amiga: Soy una inválida, ¿inválida? está mal dicho, yo creo que todas las personas, somos “válidas”, ¿no cree? Al menos a los ojos de nuestro Padre.

Llevo toda mi vida enferma de “polio” y tras un purgatorio de operaciones, me quedé sin pierna; al año me casé, muy enamorados los dos. No tendrás familia, me decían...empezaron a venir niños, niñas, siete en total y yo feliz.

Sra. S.... , mi vida es un canto de alegría, de amor y de acción de gracias, porque se me ha dado “la mejor parte”.

Dificultades ¿quien no las tiene? Y eso, ¿qué importa? Yo me las arreglo para hacerlo todo lo mejor que puedo y sé, y siempre tengo todo limpio y a punto y somos nueve, y todo con dos muletas...Cuando mi esposo se va a trabajar y también los mayores, y los pequeños al colegio y me quedo sola, entonces es cuando menos sola estoy. Entonces empiezo a poner las cosas a punto, a entrar en el recinto interior, a ver a Dios en todas las cosas, a cantar, muchas veces canto cuando estoy sola, y tengo dolores. Pongo entonces el remedio que puedo a los problemas que hay en todas las casas. El ver la forma y la manera de hacer más felices a los que me rodean, ver en qué he fallado y superarme. En arreglarme yo, para estar “maja” para cuando vengan y por mi misma... en fin ¡¡¡en vivir!!! En atender y escuchar a los otros, en dar amistad y la amistad siempre es amor...

Por todo esto que le cuento, ¿no cree lógico, que le escriba una mujer totalmente feliz? La escucha y la quiere...”

Treinta y siete años después ¿me perdonáis? ¡Eran tantas !

Déborah

